



CRISTINA MORALES, fragment d'un capítol de *Lectura fácil*, Editorial Anagrama, 2018.

El ejercicio tenía tres fases que se sucedían en silencio, con imperceptibles transiciones y sin dejar de bailar. En la primera yo estaba quieta, en la segunda me movían más o menos, pero en la tercera es que no tocaba el suelo, y las pocas veces que lo tocaba era un instante brevísimo para volver a tomar impulso o para salir de una posición difícil y otra vez levantar el vuelo. Eran trece bailarines conmigo y contra mí, la mitad de los asistentes a los quince días intensivos de Los Multicines. A esos quince días los llaman, haciendo de la creación y enseñanza dancísticas un reclamo turístico más, Summer Stage, cuyas siglas, muy acertadamente, son SS, lo que le viene al pelo porque esas dos semanas de julio Los Multicines se ponen hasta las trancas de fascistas de la danza y de turistas de la danza, que son lo mismo. Este año, las SS dedican la mitad de los cursos a la Inclusive Dance, que suena a chill out pero que es lo puto mismo que la danza integrada. A los alumnos habituales de los jueves se nos han sumado estudiantes

del conservatorio y bailarines profesionales, algunos venidos de lejos. Parece ser que los profesores que imparten son unos fascistas muy renombrados y que de ahí va a salir un espectáculo.

La primera fase del ejercicio era una simple manipulación: yo, de pie y quieta, me dejaba tocar por los demás. Al ser tantas manos tocándote a la vez, la cabeza se te va, no tienes cabeza, y eso que te la están tocando por lo menos cuatro o cinco manos. El modo de tocar no consistía necesariamente en caricias o en masajes. A veces eran barridos, pases velocísimos de las manos sobre tu ropa o tu piel; a veces suaves pellizcos, a veces suaves recorridos con las uñas, a veces dedos presionando un hueso o un punto de mucha carne, a veces solo manos quietas que daban calor. La sensación es que tu cuerpo no te pertenece para nada y a la vez es más tuyo que nunca. Tu talón se comunica con tu pezón, tu quijada con tu raja del culo, tu nuca con tu tobillo, tu nariz con tu muñeca, y así cientos de combinaciones simultáneas. No solo te apropias de tu cuerpo entero sino que además te expandes como si le hubieras dado al peyote, y en lo que dura el toque tienes un cuerpo de veintitrés manos más (había una bailarina

manca y otras dos con la mitad derecha del cuerpo insensible). Si alguna de esas veintitrés manos deja de tocarte, la echas de menos como si te la hubieran amputado.

El director se anticipó al problema y en ese sentido dio la orden de que los tocadores deberían apretujarse, cambiar de niveles, negociar físicamente entre sí y buscarse la vida para que todas las manos estuvieran siempre sobre la tocada, a excepción de los breves cambios de posiciones que el tocador tuviera que hacer para seguir tocando. Visto desde fuera (lo sé porque luego yo fui manipuladora y me permití salir y observar) los tocadores parecen depredadores comiéndose vorazmente a la presa que acaban de abatir y que es la manipulada, si bien su abatimiento es vertical. Esa era otra de las órdenes para tocadores y tocada: ellos no debían ser bruscos como para hacerte caer a ti, y tú debías estar bien enraizada en el suelo y solo dar los pasos imprescindibles para reajustar el enraizamiento.

A ti enseguida se te descuelga la mandíbula y se te cierran los ojos, se te aflojan las rodillas y empiezas a suspirar. A veces fluctúas y debes pasar todo tu peso a una pierna



porque tienes mayor actividad de manos en un lado que en otro y eso te desestabiliza, y a veces te desestabilizabas del todo y, efectivamente, tienes que dar dos pasos para volver a la vertical.

Te están haciendo un regalo, dándote veintitrés manos la conciencia completa de tu propio cuerpo. Todo el ejercicio se explica al principio para que durante su ejecución reine el silencio de las palabras y la locuacidad del movimiento y de las respiraciones. Otra de las órdenes que el director les había dado a los trece manipuladores para esta primera fase del ejercicio fue: Investigad el cuerpo de la manipulada, tratadla con curiosidad, como forenses. Indagad qué partes son duras, cuáles blandas, dónde hay tensión, dónde hay flaccidez, dónde hay suavidad, dónde sequedad, y en qué grado. Hacedlo con cariño y sin hacerle daño. La orden que me dio a mí fue: Si te hacen daño, dilo.

La danza contemporánea, como ya he dicho, es un oficio muy conservador. Yo había hecho este ejercicio muchísimas veces, aunque con menos manipuladores y menos inteligentes que los que tuve la suerte de que ese día me tocaran, valga la redundancia. Siempre que lo había

hecho, tanto para manipular como para ser manipulada, los genitales, los pechos, el ano y a veces hasta los glúteos se omitían de los tocamientos. Esto pasa también cuando estás en una jam de contact-improvisación: que hay contacto selectivo e improvisación reglada. Por todo el cuerpo del compañero nos retrepamos, pero en cuanto sentimos la gelatinosidad de unos testículos, de unos senos o de un pene fofo, o la ternura de una vulva, sacamos la mano disparada. Se nos activa la alarma del contacto prohibido y de estar improvisando fuera del tiesto.

En una clase de contact-improvisación de la GUAPABA, el macho del profesor nos dividió por sexos para hacer el ejercicio del tentetieso, que consiste en que uno se pone en el medio y los demás lo rodean en un cerco muy estrecho, tocándose los hombros entre sí. Desde ahí deben empujar y retener al de en medio provocando en él una oscilación continuada sin que pierda la vertical y sin dejarlo caer, y a ser posible sin que ni tan siquiera separe los pies del suelo.

Interrogué al profesor de la GUAPABA por la segregación sexual y me respondió que venga, que vale, que poneos como queráis, por colores de la ropa, por estatura, como queráis, que luego si no me llamáis machista. Como es un

machista muy reputado y además muy guapo, todos los alumnos y por supuesto todas las alumnas le socarronearon el comentario. Nos pusimos en grupos mixtos y entonces él ordenó que las mujeres que íbamos a oscilar nos cruzáramos las manos sobre el pecho. La otra mujer a la que le tocó en el centro se puso inmediatamente a lo tutankamón y además cerró los ojos. Es una compañera muy dulce que a mí me cae muy bien y con la que me pego cacho de viajes cuando nos toca improvisar juntas porque improvisamos de verdad. Cómo me dolió verla tutankamona.

—¿Por qué, Antón? ¿Se hace así mejor técnicamente?

—le pregunté todavía con las compuertas en reposo.

—Para quien le duelan las tetas, por si os empujan o retienen desde el pecho. —La clásica cortina de humo de la salud para justificar la represión sexual: que si te masturbas mucho te quedas ciego, que si follas con mucha gente estás expuesto a muchas enfermedades.

—¿Y a los hombres es que no les pueden doler las tetas?

Chistó y sonrió y no contestó, como el galán al que pillan volviendo de la alcoba de una y dirigiéndose a la alcoba de

otra. Mis compuertas, aún resguardadas, se prepararon para un eventual cierre:

—¿Y crees que es posible que a alguien le duelan las tetas con el ejercicio del tentetieso, que es lo más suave del mundo? Y, en todo caso, ¿no debería cada uno decidir lo que le duele y lo que no le duele?

—Bueno, vale, hala, hacedlo como queráis. —Se vio obligado el galán a reconocer de dónde venía y adónde iba, y sus alumnos y alumnas, cual cuadrilla de galancitos aspirantes o cual mozas que esperan su turno para ser tomadas, rieron comprensivos la macha travesura.

—Yo no tengo problema en que me toquen las tetas —le dije en aquella ocasión al macho Antón y a mis compañeros del cerco, que, por supuesto, evitaron tocármelas con milimétrica represión.

—Yo no tengo problema en que me toquen las tetas, los genitales, el periné, el culo o el ano —me he visto obligada a repetirle al director y a los alumnos de las SS después de recibir la innecesaria orden, como son la mayoría de las órdenes, de «si te hacen daño, dilo»—. De hecho, quiero

que me lo toquéis todo porque estoy convencida de que así bailaremos todos mejor.

Hubo cejas arqueadas como para construir el claustro de un convento, y algunos comentarios y risillas de machos y machas reprimidos:

—Si te gusta demasiado, dilo.

—Tonta que es la Nati.

—¡Yo encantado! —se atrevió a decir un abusador frotándose las manos.

—Vosotros tres no me vais a tocar un pelo —les respondí muy tranquilita rodeada por ellos y por todos los demás bailarines.

Quienes acababan de hablar eran una bípeda que siempre baila como si saltara charquitos y como si hiciera el corro de la patata ella sola, y dos tíos en silla de ruedas, uno motorizado y otro sin motorizar. El no motorizado es el abusador que se había frotado las manos. Baila bien porque se baja de la silla y se mueve desde el arrastre, es decir, que arriesga en pos del placer. En cambio, el

motorizado baila peor porque su danza consiste en hacer de cocherito leré de bipeditas leré que se encaraman leré en su regazo leré, en los reposabrazos o en el motor de la silla, o se le sientan a horcajadas o se le recuestan como monigotas pin-up bañándose en una copa de cóctel haciendo la bicicleta con los pies en punta. Él se limita a manejar el mando de la silla para que las bipeditas aupadas y él den vueltas por la sala de ensayo como una carroza de la cabalgata Playboy. Entre sus bipeditas habituales está la del corro de la patata.

—¿No te gustamos o qué?

—Uy, qué exquisita se ha vuelto de prontoooo...

—Si te va a encantar, mujer.

—Que no quiero hacer el ejercicio con vosotros tres. Que os estáis burlando de mi petición de que me lo toquéis todo. —Estaba tranquila porque me sentía bien escoltada por esos trece bailarines que no se inmutaron ante mi comentario, o se inmutaron para bien, mirándome, guiñándome y asintiendo.

—Nati, era una broma.



—Era una manera de hablar.

—No te ofendas, chica, que no queríamos ofenderte.

—Si yo entiendo que os reís porque concebís la danza como un servicio proveedor de bienestar suministrado por agentes económicos públicos o privados, en vez de entenderla como una oportunidad para reventar vuestros patrones de movimiento y adquirir otros nuevos que os den más placer. O sea, que para vosotros una clase de danza es lo mismo que una bolsa de patatas fritas: un producto más de la larga cadena de actos de consumo en que consisten vuestras vidas.

Los alumnos que no me conocían me escuchaban con atención y miraban a los dos machos fachos y a la macha facha, que negaban con la cabeza, resoplaban y farfullaban algo inaudible. Lo de farfullar y no hablar claro me activó las compuertas, todavía no visibles, todavía dentro de sus ranuras. La mayoría de mis compañeros habituales mostraron hartura de oírme, querían empezar el ejercicio ya, querían rentabilizar los 260 euros que habían pagado en concepto oficial de asistencia al curso intensivo y en concepto íntimo de lucirse en aquel casting encubierto, con

la esperanza de que el director les diera un buen papel en la pieza que saldrá de estas semanas de clases. Miraban al director con el gesto reclamante de los subalternos hacia la autoridad para que esta se moje y ponga orden, es decir, para que me callara la boca, que para eso habían delegado en él, aparte del establecimiento de los límites de cómo bailar, y 260 euros mediante, la resolución de cualquier tipo de conflicto.

Pero el director parecía uno de esos raros profesionales de la danza a los que no les molesta hablar de danza en una clase de danza, y me escuchaba. La autoridad que le habían concedido hacía de su escucha una escucha debida por todos, de modo que ninguno de los aspirantes a un buen papel en la pieza se atrevió a salirse del corro de tres filas que me rodeaba, aunque ampliaron un poco la distancia entre ellos. Solo el espigado y circunspecto Bruno, el mejor bailarín del grupo, que solo baila lo que su exigente cuerpo le pide, se salió de la formación y se puso a dar sus solitarios giros turcos. Su silenciosa salida accionó las típicas palabras tontas del director desafiado:

—¿Dices que no quieres hacer el ejercicio con estos tres compañeros?

—Ya me has oído. Eso es exactamente lo que he dicho.

—¿Puedes explicarnos por qué? —me preguntó muy lentamente y con mucho interés, colocándose en la primera fila del corro de manipuladores. Es un tipo alto, flaco, casi calvo, de ojos pequeños, pestañas cortas y nariz aguileña. La ropa con la que entrena es la misma con la que podría irse a la cama: camiseta de manga larga agujereada y pantalón largo con bolitas y los bajos mordidos. Piel tostada propia de hombre muy blanco que pasea por el campo, con manchas más oscuras que delatan los sesenta años de un cuerpo que podría tener treinta y cinco.

La cercanía del poder interrogándote pone alerta a cualquiera que no sea un fascista. Las compuertas se me cerraron y desde ahí dentro respondí:

—Ya he explicado el porqué. Y está claro que el resto de los alumnos no ha empezado a tocarme todavía porque esperan de ti que des el visto bueno a mi negativa a bailar con esos tres compañeros. O que des el visto malo y sea yo la expulsada del ejercicio por no querer bailar con esos tres. Porque tú eres el director y sin tu refrendo aquí no se hace nada, y eso que somos nosotros los que te hemos



pagado a ti y deberías ser tú el que se pusiera a nuestras órdenes, ¿no?

Hubo comedidas risas de incredulidad, comedidas porque ningún aspirante a buen papel se atrevía a echarle leña al mono del director. Ahora venía lo que tenía que venir, como cuando me expulsaron de la GUAPABA. Que los fascistas se pusieran del lado de los fascistas y a la agredida se la depurara. Pero no vino. Victoria antifascista porque no vino, pero victoria amarga porque fue la autoridad y no los devenidos subalternos quienes expulsaron a los fascistas. O sea que ninguna puta victoria. Tan solo el alivio de no tenerlos cerca un rato.

—Por favor, vosotros tres no hagáis el ejercicio esta vez
—ordenó el director. Y los tres machos fachos neoliberales, que aman la autoridad, que aunque no compartan las decisiones judiciales las respetan como buenos demócratas, que han pagado 260 euros para demostrar lo obedientes que pueden llegar a ser, salieron del corro como mártires del buen rollo, conscientes de que su único delito había sido expresarse espontáneamente y renegando para sus adentros de Los Multicines, que se vende como centro de creación de movimiento pero que en realidad censura la



libertad de expresión a la que todo facha, todo macho y todo neoliberal tienen derecho.

Salió al encuentro de los tres damnificados la ayudante de dirección. El director se les sumó, se agachó con sonoro chasquido de rodillas para estar a la altura de los dos que iban en silla de ruedas, y les dijo algo que los demás no pudimos oír. Estaba consolándolos, claro está. Consolando a los que me ridiculizaron y me trataron como un objeto sexual. Dándoles alguna buena razón para que no se fueran a la dirección de Los Multicines a reclamar su dinero, abandonar las SS y poner en entredicho las dos máximas de la danza integrada según las cuales todo el mundo tiene por cojones que bailar y por cojones tiene que hacerlo con todo el mundo. Fuera lo que fuera lo que les dijese, se quedaron sentados en los márgenes del linóleo junto a las mochilas, la ropa, los zapatos, las botellas de agua y los moni-polis de los alumnos que, como Ibrahim, venían escoltados de una RUDI, y desde ahí contemplaron la manipulación a la que yo me entregué durante veinticinco minutos.

El tiempo transcurrido te lo dice el director cuando todo ha acabado, porque allí nadie, ni manipuladores ni

manipulada, puede estar pendiente del reloj. Debo remarcarlo, dado el momento histórico que vivimos: este gozo no se puede experimentar mirando el móvil.

A los diez minutos de depredadores y presa, y mediando una señal que probablemente fue la intervención activa del director en mi cuerpo, el toque se transformó en la manipulación más propiamente dicha. Los trece bailarines empezaron a tocarme con más vigor, movilizando las partes articuladas de mi cuerpo. Esa fue la orden para ellos: que debían articularme todo lo articulable, desde la primera cervical hasta las últimas falanges de los dedos del pie; que podían hacerlo ya no solo con las manos sino con cualquier parte del cuerpo, y que podían imprimir velocidades e intensidades distintas a su manipulación. Lanzar fuertemente un brazo desde el punto más postrero que la articulación de mi hombro les permitiera, por ejemplo, o doblarme por la cintura hasta que el pelo me arrastrara por el suelo y luego hacerme ascender lentamente, vértebra por vértebra. Podían articularme rodillas y tobillos y hacerme andar, o extenderme en el suelo y hacerme rodar, o sea, que la manipulada ahora no

debía estar enraizada sino que podía desplazarse, pero no más allá de adonde los otros la hubieran conducido.

Ahora no iba a ser posible que los trece cuerpos me accionaran simultáneamente como pasaba antes con las manos. Debían, pues, tomarse el relevo entre ellos, y en esos instantes en que estuvieran separados de la manipulada, seguir conectados a ella y al resto de los accionantes visualmente, atentos al mejor momento para intervenir. El mejor momento para intervenir es aquel en el que se reconocen las intenciones de otro manipulador y se le ayuda a llevarlas a término, o, aunque no se reconozcan, se imaginan posibles maneras de continuar un movimiento ya iniciado. Por ejemplo: si un manipulador encaja su culo en tu pubis, agarra tus muñecas y pega tu pecho a su espalda con intención de cargarte, un manipulador observador podría colocarse detrás de la manipulada y presionar su espalda, provocando que el primer manipulador, dada la presión ejercida, arqueara su espalda un poco más, consiguiendo que los pies de la manipulada se separaran del suelo. Un porté.

Si el segundo manipulador sigue presionando, el primero acabará por agacharse, y ahora las manos de la

manipulada, muertas, tocarán el suelo. El segundo manipulador, aprovechando que el primero y la manipulada están muy abajo, podría ponerse a horcajadas, sin llegar a sentarse, sobre las lumbares de la manipulada, y levantarle el torso tirándole a la vez de los dos hombros, provocando un arqueamiento convexo de la espalda, opuesto al anterior. El primer manipulador, el portor, saldría. Fin del porté.

Un tercer manipulador habría previamente asegurado las piernas de la manipulada clavándole las rodillas en el suelo, y un cuarto aprovecharía esa sujeción y esos brazos de la cobra que caen muertos, ese pecho expedito y esa cabeza que alguien le ha echado hacia atrás y la ha dejado con la garganta como un canalón y la boca abierta, aprovecharía esa postura de sacrificio, digo, para romperla, para salvar a la manipulada de la tos que le va a llegar de un momento a otro. El segundo manipulador, que era el que estaba a horcajadas, saldría, con lo que el arco de cobra se suavizaría al soltar aquel los hombros de la manipulada. El manipulador salvador, que no podrá olvidar que aunque vaya a salvarla deberá hacerlo sin dejar de manipular sus articulaciones, se podría poner hombro con

hombro con ella, agarrarla por la cintura con una mano, con la otra levantarle el brazo del lado opuesto y así cargársela lateralmente sobre un costado. Esto último me lo hizo María, que, al no tener piernas y ser su altura tan baja respecto a la mía incluso estando yo arrodillada, no me cargó sobre un costado sino sobre los dos, o sea, sobre la espalda entera, llevándome puesta como una estola. Otro porté. Toqué con la coronilla el suelo, apoyé bien abiertas las dos manos y en esas llegó otro manipulador que separó mi cadera de la espalda de María, me puso a hacer el pino y, teniendo sujeta mi cadera allí arriba, la rotó entre sus manos con mucho cuidado mientras otros manipuladores me ayudaban a mantener el equilibrio. Y así durante quince minutos esta segunda fase del ejercicio que, visto desde fuera, recuerda no ya al festín de una manada tras cazar un venado, sino a una partida masiva de ajedrez gigante en la que cada jugador espera su turno para mover ficha.

Yo debía dejarme hacer, como antes. Ahora iba a ser un títere, pero un títere con la neurona de la supervivencia: la que me impediría desplomarme cuando nadie me estuviera sujetando y la que me permitiría resistirme o hablar cuando algo me doliera. Otra vez la orden absurda contra el dolor.

Tan acostumbrado estará el director empijamado a que los alumnos de danza integrada se le fustiguen demostrando que por cojones bailan todo lo que les echen que es que tiene hasta que darles permiso para quejarse.

Pero solo te duele si no sabes dejarte hacer. Solo duele si no confías en los desconocidos que te están tocando. Con los músculos y las articulaciones tensos cualquier contacto te duele porque el otro cuerpo, por suave que vaya a manipularte, halla en ti resistencia, y en vez de comunicarse contigo, se choca. Estando músculos y articulaciones relajados, el cuerpo del otro te entra como te entra un helado a lametones, y ya ni siquiera se puede hablar de manipulación, porque, como decía un profesor de contact muy listo que yo tuve, el concepto de manipulación implica un rol activo y un rol pasivo que en este ejercicio, si se hace con gusto por el vértigo, desaparecen, y en su lugar aparece la danza. Placer mediante, la actitud receptiva del manipulado condiciona la acción emisora del manipulador, al punto que puede ser el mal llamado manipulado quien guíe, con las meras reacciones de su cuerpo, las acciones del mal llamado manipulador.

—¿Como cuando te violan, Nati? —me preguntó una del Grupo de Autogestores cuando fue mi turno en el interrogatorio de los martes y les conté todo esto.

—¡Ay qué interesante lo del baile!, ¿verdad? ¡Anda, Nati, cuéntanos cómo se hace el pino! —Mi hermana Patricia taconeando sentada como una flamenca a punto de arrancarse.

—Patricia, por favor, respeta el turno de palabra de Remedios. —La psicólogoa Laia Buedo haciendo de poli buena, tomando notas y echando el tronco hacia delante en señal de máxima atención.

—Pues, Reme, a mí, creo, nunca me han violado, pero no puedo poner la mano en el fuego porque cuántas veces las mujeres follamos con los hombres sin quererlo y nos parece lo más normal del mundo y no lo llamamos violación. Sí puedo recordar muchas veces de esas, de haber follado con un tío sin deseo, haber perdido las ganas de follar en mitad del polvo o incluso antes de iniciar el polvo, ¡o incluso no haberlas tenido nunca! Y sin embargo haberme obligado a mí misma a empezar a follar o a seguir

follando con tal de darle gusto al macho y de no quedar como una estrecha o una calientapollas...

—¡Qué bonito cuando pides un deseo y se cumple!, ¿verdad, Laia? —Patricia interrumpiéndome con la mano levantada y con una tensión tal que le temblaba el brazo.

—Yo el otro día pedí el deseo de que no fueran todavía las once de la noche para no tener que volver a la RUDI y miré el móvil y se cumplió —dijo otro autogestor.

—Pues yo pedí el deseo de que no hiciera tanto calor y no se cumplió. —Otra.

—Yo pedí el deseo de bailar con Nati un día y sí se cumplió. —Ibrahim.

—No es el calor lo que da más calor. Es la humedad. —Otra más. Todos los autogestores establecieron sus conversaciones a la vez y yo hice lo mismo, hablarle a Reme aparte. La psicósargento tuvo que hacer el uso proporcionado de la violencia que de su autoridad se espera.

—¡Podemos hablar después de los deseos, que también es un tema muy interesante, pero antes debemos terminar de



escuchar a las compañeras Remedios y Natividad! —atajó Laja Buedo hablando por encima del barullo. Siempre que se pone explícitamente autoritaria usa nuestros nombres completos. Cuando es implícitamente autoritaria, que es todo el día, nos llama por nuestras apócopes—. Natividad, termina de responderle a Remedios, por favor —me ordenó cuando todos los autogestores nos hubimos silenciado.

—Ya he terminado.

—¿Y tú, Remedios, le quieres preguntar algo más a Natividad? —Parecía un puto cura casándonos, la Buedo.

—Ya se lo he preguntado —respondió Reme, y a la psicósargento le jodió viva que no le agradeciéramos el restablecimiento del silencio y que no le diéramos más carnaza que apuntar en su libreta.

—Yo le quiero preguntar que si una calentapollas es alguien que te calienta la polla con las manos o con otra parte del cuerpo —preguntó el machito guaperas del grupo muerto de risa, y se inició así una nueva algarabía sin turno de palabra.

—Perdona, Laia, pero yo tenía el brazo levantado primero y Antonio ni siquiera lo había levantado. —Mi hermana pataleándole a la Buedo y la Buedo mirándola con su autoritarismo implícito.

—Mira, Antonio. La calentapollas es una mujer que le corta la polla a un macho como tú y se la calienta en el microondas.

—¡Pues claro que yo soy un macho, so guarra! —me respondió, y ya Laia Buedo tuvo que levantarse de la silla y dar palmadas para contener el festín de palabrotas que los autogestores se estaban pegando a dos carrillos. La única callada era mi prima Angelita, que había aprovechado el quebrantamiento del orden autogestor para saltarse la prohibición de estar con el móvil y echar mano de él como la normalizada que está hecha.

[...]